

DÉBORAH DANOWSKI
EDUARDO VIVEIROS DE CASTRO

¿HAY MUNDO POR VENIR?

Ensayo sobre los miedos y los fines

Traducción / Rodrigo Álvarez

CAJA
NEGRA 03
FUTUROS
PRÓXIMOS

Danowski, Déborah y Viveiros de Castro, Eduardo
¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos
y los fines - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Caja Negra, 2019. 224 p.; 20 x 13 cm.
(Futuros próximos; 23)

Traducción de Rodrigo Álvarez
ISBN 978-987-1622-73-3

1. Antropología. 2. Etnología. 3. Estudios Culturales
I. Viveiros de Castro, Eduardo II. Álvarez, Rodrigo, trad.
III. Título.
CDD 301.01

Título original: *Há mundo por vir? Ensaio sobre
os medos e os fins*

© Déborah Danowski
© Eduardo Viveiros de Castro
© Caja Negra Editora, 2019

Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca
Nacional de Brasil | Ministerio de Ciudadanía
Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca
Nacional | Ministério da Cidadania

FUNDAÇÃO
BIBLIOTECA NACIONAL

MINISTÉRIO DA
CIDADANIA



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey
Diseño de Colección: Consuelo Parga
Maquetación: Julián Fernández Mouján
Corrección: Renata Prati

ÍNDICE

<u>13</u>	Agradecimientos
<u>15</u>	Prefacio a la segunda edición
<u>19</u>	Prefacio a la presente edición
<u>21</u>	¿Qué escabrosa bestia...
<u>33</u>	... llegada al fin su hora,
<u>57</u>	... se arrastra hasta Belén para nacer?
<u>65</u>	El afuera sin pensamiento o la muerte del otro
<u>85</u>	Por fin solos
<u>119</u>	Un mundo de gente
<u>149</u>	Humanos y terrícolas en la guerra de Gaia
<u>197</u>	El mundo en suspenso



*And what rough beast, its hour come round and last,
Slouches towards Bethlehem to be born?*
W.B. Yeats

El fin del mundo es un tema aparentemente interminable... por lo menos, claro está, hasta que acontezca. El registro etnográfico consigna una variedad de maneras por las que las culturas humanas imaginaron la desarticulación de los marcos espacio-temporales de la historia. Algunas de esas imaginaciones cobraron nueva vida a partir de los años noventa del siglo pasado, cuando se formó el consenso científico respecto de las transformaciones en curso del régimen termodinámico del planeta. Los materiales y los análisis sobre las causas (antrópicas) y las consecuencias (catastróficas) de la “crisis” planetaria vienen acumulándose con extrema rapidez, movilizándolo tanto la percepción popular –con la debida mediación de los medios de comunicación– como la reflexión académica.

Conforme se va tornando cada vez más evidente la gravedad de la presente crisis ambiental y civilizatoria,¹ proliferan nuevas versiones y se actualizan viejas variaciones de una antiquísima idea que llamaremos, en una simplificación que este ensayo pretende complicar un poco, “el fin del mundo”. Son *blockbusters* del género fantástico,² “docuficciones” del *History Channel*, libros de divulgación científica de variados niveles de complejidad, videojuegos, obras musicales y artísticas, blogs sintonizados en todas las franjas del espectro ideológico, reuniones científicas, revistas académicas y redes de información especializadas, informes y pronunciamientos de las más diversas organizaciones mundiales, las invariablemente frustrantes Cumbres Climáticas, simposios de teología, ensayos de filosofía, ceremonias de la Nueva Era y de otros movimientos neopaganos, un número exponencialmente creciente de manifiestos políticos; todo tipo, en suma, de textos, contextos, vehículos, enunciadores, públicos. La presencia del tema en la cultura contemporánea no ha hecho más que aumentar, y de forma cada vez más rápida, exactamente como aquello a

1. Ver, por ejemplo, los últimos informes del Panel Intergubernamental de Cambios Climáticos (IPCC), disponibles en ipcc.ch. La primera parte del 5º informe (con la fundamentación científica del cambio climático, preparado por el Grupo de Trabajo I) se dio a conocer en septiembre de 2013, la segunda y tercera partes (de los Grupos de Trabajo II, sobre impactos, adaptación y vulnerabilidad y III, sobre las opciones de mitigación), fueron presentadas, respectivamente, en marzo y abril del 2014. Como es sabido, las proyecciones del IPCC tienden a ser de las más moderadas entre aquellas que circulan en la comunidad científica, en lo que concierne a la intensidad y al ritmo de los cambios climáticos.

2. Sobre la cinematografía apocalíptica, el lector puede consultar Peter Szendy, *L'Apocalypse cinéma. 2012 et autres fins du monde*, París, Capricci, 2012, que comenta trece films sobre el fin-del-mundo y trae referencias instructivas sobre decenas de otros. Para un análisis de esa proliferación en el curioso caso de las fantasías distópicas dirigidas a un público de adolescentes del sexo femenino, ver Amanda Craig, “The Hunger Games and teenage craze for dystopian fiction”, *The Telegraph*, 14 de marzo de 2012.

lo que se refiere, a saber, la intensificación de los cambios en el macroambiente terrestre.

Toda esta floración disfórica se ubica a contracorriente del optimismo "humanista" predominante en los últimos tres o cuatro siglos de la historia de Occidente. Preanuncia, si es que no refleja ya, algo que parecía estar excluido del horizonte de la historia en cuanto epopeya del Espíritu: la ruina de nuestra civilización global en virtud de su hegemonía indiscutible, un ocaso que podrá arrastrar consigo a considerables porciones de la población humana. Aunque comenzando, claro está, por las masas miserables que viven en los guetos y basureros geopolíticos del "sistema mundial", por su naturaleza el colapso inminente alcanzará a todos, de una u otra forma. Por eso, no son solo las sociedades que integran la civilización dominante, de matriz occidental, cristiana, capitalista-industrial, sino toda la especie humana, la idea misma de especie humana, la que está siendo interpelada por la crisis; incluso, por lo tanto, y especialmente, aquellos pueblos, culturas y sociedades que no están en el origen de dicha crisis. Eso por no hablar de los muchos millares de linajes de vivientes que se encuentran en peligro de extinción, o que ya desaparecieron de la faz de la tierra, debido a las modificaciones ambientales causadas por las actividades "humanas".³

Tal desastre civilizatorio y demográfico es imaginado a veces como el resultado de un evento "global", a saber, como una extinción súbita de la especie humana, o incluso de toda la vida terrestre, desencadenada sea por

3. El problema de la pertinencia o no del concepto de especie humana o "humanidad" para encuadrar la reflexión y la acción de las colectividades políticas actualmente existentes frente a la crisis ambiental (Estados, pueblos, partidos, movimientos sociales) será retomado en la conclusión de este ensayo.

un “acto de Dios” –un supervirus letal, una explosión volcánica gigantesca, el choque con un cuerpo celeste, una megatormenta solar–, sea por el efecto acumulativo de intervenciones antrópicas sobre el planeta, como en el film *The Day After Tomorrow* (*El día después de mañana*, 2004), de Roland Emmerich, sea, finalmente, por una gran guerra nuclear a la vieja usanza. Otras veces, el desastre tiende a ser descrito de forma más realista (sobre todo si observamos los sucesivos escenarios que vienen proponiendo las ciencias que estudian las interacciones entre la geósfera, la hidrósfera, la atmósfera y la biósfera: el llamado “Sistema Tierra”)⁴ como un *proceso* de degradación ya iniciado, extremadamente intenso, que se acelera de forma creciente y que es en muchos aspectos irreversible, de las condiciones ambientales que presidieron la vida humana durante el Holoceno (época del período Cuaternario que sucede al Pleistoceno, a partir de los 11.700 años a.C.), con la alternancia entre sequías y huracanes e inundaciones, pérdidas masivas de cosechas agrícolas seguidas de pandemias humanas y animales, guerras genocidas en medio de extinciones biológicas que alcanzan a géneros, familias e incluso linajes enteros, en una secuencia de perversos efectos de retroalimentación que empujarían paulatinamente a la especie, en un proceso de “violencia lenta” –al parecer, cada vez menos lenta–, hacia una existencia material y políticamente sórdida, hacia aquello

4. Sin embargo, nótese por ejemplo que el reciente estudio de Giovanni Sgubin, Didier Swingedouw *et al.*, “Abrupt cooling over the North Atlantic in modern climate models” (*Nature Communications*, nº 8, 2017), proyecta como un escenario posible aún en este siglo el enfriamiento abrupto (en un período de diez años) del Atlántico Norte, debido a la perturbación de la circulación termohalina de la corriente del Golfo, lo que hace que el argumento del film de Emmerich tal vez ya no pueda ser descrito como tan absolutamente fantástico. Ver también Alex Kirby, “Drastic cooling in North Atlantic beyond worst fears, scientists warn”, *The Guardian*, 24 de febrero de 2017.

que Isabelle Stengers llamó “la barbarie que viene”,⁵ y que será, por lo que todo indica, tanto más bárbara conforme el sistema tecno-económico dominante (el capitalismo mundial integrado) continúe su *fuite en avant*.

No son solo las ciencias naturales y la cultura de masas que se alimenta de ellas las que están registrando la deriva del mundo. La inquietud generalizada comienza a sentirse incluso en la metafísica, notoriamente la más etérea de las especialidades filosóficas. En los últimos años hemos asistido, por ejemplo, a la elaboración de nuevos y sofisticados argumentos conceptuales que se proponen a su modo “acabar con el mundo”:⁶ sea acabar con el mundo como ineludiblemente mundo-para-el-hombre, de modo de justificar el acceso epistémico pleno a un “mundo-sin-nosotros” que se articularía de forma absoluta antes de la jurisdicción del Entendimiento; sea acabar con el mundo-como-sentido, de modo de determinar el Ser como pura exterioridad indiferente; como si el mundo “real”, en sus radicales contingencia e insignificancia, debiera ser “realizado” *contra* la Razón y el Sentido.

Es cierto que muchos de estos fines-del-mundo metafísicos tienen apenas una relación de motivación indirecta con el evento físico de la catástrofe planetaria; pero no por eso dejan de expresarlo, o de reflejar la vertiginosa sensación de incompatibilidad –si no de imposibilidad– entre el humano y el mundo, pues son pocas las áreas de la imaginación contemporánea que no se vieron afectadas por la violenta reentrada de la nósfera occidental en la

5. Rob Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Cambridge, Harvard University Press, 2011, y también Isabelle Stengers, *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene*, Buenos Aires, Futuro Anterior/Ned, 2017.

6. Por acabar “a su modo”, entiéndase demoler los *conceptos* de mundo elaborados por la filosofía moderna, de Kant a Derrida y más allá; ver Sean Gaston, *The Concept of World from Kant to Derrida*, Londres, Rowman & Litterfield, 2013.

atmósfera terrestre, en un verdadero e inaudito proceso de “transcendencia”. Nos creíamos destinados al vasto océano sideral y hemos aquí de vuelta rechazados en el puerto del que partimos...

Las distopías proliferan; y un cierto pánico perplejo (peyorativamente tildado de “catastrofismo”), cuando no un entusiasmo algo macabro (recientemente popularizado bajo el nombre de “aceleracionismo”), parece sobrevolar el espíritu del tiempo. De repente, el famoso *no future* del movimiento punk se ve revitalizado –si es este el término que conviene–, a la vez que reemergen profundas inquietudes de dimensiones comparables a las presentes, como aquellas suscitadas por la carrera nuclear de los años –no tan distantes– de la Guerra Fría. Por ello, resulta imposible no recordar la conclusión seca y sombría de Günther Anders, en un texto capital sobre la “metamorfosis metafísica” de la humanidad después de Hiroshima y Nagasaki: “La ausencia de futuro ya comenzó”.⁷

Ese futuro-que-acabó llegó, una vez más, lo que sugiere que tal vez nunca haya cesado de comenzar: ¿en el Neolítico?, ¿en la Revolución Industrial?, ¿a partir de la Segunda Guerra Mundial? Si la amenaza de la crisis climática es menos espectacular que la de los tiempos del peligro nuclear (que no dejó de existir, cabe resaltar), su ontología es más compleja, en lo que respecta a las conexiones tanto con la agencia humana como con su paradójico cronotopo.⁸ Su advenimiento recibió “nuestro” nombre, *Antropoceno*, designación propuesta por Paul Crutzen y Eugene Stoermer para

7. Günther Anders, *Le temps de la fin*, París, L’Herne, 2007, pp. 112-113.

8. “Una guerra nuclear habría sido una decisión consciente por parte de quienes detentan el poder. Los cambios climáticos son una consecuencia no intencional de las acciones humanas, y solo el análisis científico puede mostrar que son el efecto de nuestras acciones como especie”; Dipesh Chakrabarty, “The Climate of History: Four Theses”, *Critical Inquiry*, nº 35, 2009, p. 221.

lo que ellos entienden es la nueva época geológica que siguió al Holoceno, y que se habría iniciado con la Revolución Industrial e intensificado tras la Segunda Guerra Mundial.

§ Sobre la relación algo paradójica entre la emergencia de una conciencia “biosférica”, la perspectiva a partir del espacio exterior, la consolidación de la teoría del cambio climático y la carrera armamentista de la Guerra Fría (incluido el programa *Star Wars* de Reagan), el lector encontrará de interés los trabajos de Joseph Masco⁹ y el libro reciente de Peter Szendy, *Kant chez les extraterrestres. Philosofictions cosmopolitiques*.¹⁰ En una conferencia TED del 2012, titulada “¿Por qué tengo que hablar del cambio climático?” y que trataba sobre el desequilibrio energético temporario del Sistema Tierra causado por la acumulación de gases de efecto invernadero (la diferencia entre la cantidad de energía o calor que entra en el sistema y la cantidad reflejada de vuelta al espacio), James Hansen sugirió una elocuente equivalencia entre el calor que se acumula diariamente en los “reservorios” del planeta (el océano, los glaciares y la tierra), a saber, 0,58 W/m², y el calor de la explosión de cuatrocientas mil bombas atómicas. Acerca de esto, véase también el excelente blog *Skeptical Science*, creado por John Cook, según el cual nuestro clima ha acumulado una cantidad de calor equivalente a la explosión de cuatro bombas de Hiroshima por segundo, alcanzando un total de 2.115.122.800 bombas desde 1998 hasta el “presente” (esto es, hasta el 2 de julio de 2014 a las 14:45, hora de Brasilia, cuando consultamos por última vez el *widget* 4hiroshimas.com).¹¹ El físico Alexandre Araújo Costa

9. Joseph Masco, “Bad weather: on planetary crisis”, *Social Studies of Science*, 2010, y “The end of ends”, *Anthropological Quarterly*, 2012.

10. Peter Szendy, *Kant chez les extraterrestres. Philosofictions cosmopolitiques*, París, Minuit, 2011.

11. Ver skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-worth-of-heat-per-second.html y skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-per-second-widget-raise-awareness-global-warming.html. Un comentario al posteo de John Cook recuerda

hizo un cálculo semejante, específicamente para el forzamiento radiactivo antrópico, y llegó a un resultado mucho mayor: 18,5 bombas de Hiroshima por segundo.¹² En suma, el viejo proyecto occidental de aumentar continuamente la cantidad de energía disponible por habitante,¹³ a partir de la aceleración de los procesos de obtención de esa energía con la Revolución Industrial, parece estar aproximándose a un muro contra el cual la especie corre el riesgo de colisionar espectacularmente.

§ Aunque en el siglo pasado (e incluso un poco antes) ya se hubieran propuesto términos como “Antroceno”, “Antropósfera”, o incluso “Antropoceno”, se cuenta que fue durante una discusión en un encuentro del International Geosphere-Biosphere Programme (IGBP) cerca de la Ciudad de México, en el 2000, que el químico atmosférico (y ganador del premio Nobel) Paul Crutzen propuso el concepto por primera vez, publicándolo sin demora junto con su colega Eugene Stoermer en una *newsletter*, y luego en el artículo “Geology of Mankind”.¹⁴ La propuesta aún está siendo examinada por la comunidad científica. Durante el último encuentro del Congreso Internacional de Geología, en agosto de 2016, el Grupo de Trabajo sobre el Antropoceno, coordinado por Jan Zalasiewicz, recomendó la adopción formal de la nueva nomenclatura; sin embargo, aún no se cuenta con una posición oficial por parte

que John Lyman (Universidad de Hawái) ya había usado la referencia a la bomba de Hiroshima en el caso de la temperatura del océano, en entrevistas posteriores a su estudio “Robust warming of the global upper ocean” (*Nature*, n° 465, 2010); ver, por ejemplo, lives-science.com.

12. Para una ilustración de la relación fuertemente simbólica –la “vacilación prolongada entre el sonido y el sentido”, como dice Paul Valéry– entre los nombres “Hiroshima” y “Katrina”, ver “Climate change likened to heat of bomb blasts”, *The Sydney Morning Herald*, 23 de junio de 2013.

13. Claude Lévi-Strauss, *Raza y cultura*, Madrid, Cátedra, 1993, p. 71.

14. Paul Crutzen y Eugene Stoermer, “The Anthropocene”, *IGBP Newsletter*, 2000; Paul Crutzen, “Geology of mankind”, *Nature*, n° 415, 2002.

de la Comisión Internacional de Estratigrafía o de la Unión Internacional de las Ciencias Geológicas sobre esa cuestión tan importante, así como tampoco sobre cuál será el *golden spike* adoptado, ni sobre la fecha de inicio de la nueva época geológica, en caso de que esta sea aceptada. Los candidatos más probables, no obstante, parecen ser los residuos radioactivos y los años de posguerra, con el inicio de los test nucleares.

El Antropoceno (o cualquier otro nombre que se le quiera dar)¹⁵ es una época en el sentido geológico del término, pero apunta hacia el fin de la “epocalidad” como tal, en lo que concierne a la especie. Aunque haya comenzado con nosotros, muy probablemente terminará sin nosotros: el Antropoceno solo podrá dar lugar a otra época geológica mucho después de que hayamos desaparecido de la faz de la tierra. Nuestro presente es el Antropoceno; este es nuestro tiempo. Pero este tiempo presente se va revelando como un presente sin porvenir, un presente pasivo, portador de un karma geofísico cuya anulación está enteramente fuera de nuestro alcance, lo cual hace más urgente e imperativa la tarea de mitigarlo: “La revolución ya sucedió... los eventos con que tenemos que lidiar no están en el futuro, sino en gran parte en el pasado [...] sea lo que sea que hagamos, la amenaza permanecerá con nosotros por siglos, o milenios”.¹⁶

- 29 -

METAFÍSICA Y MITOFÍSICA

Este texto es un intento de analizar seriamente los discursos actuales sobre el “fin del mundo”, entendiéndolos

15. Veremos, más adelante, algunas razones de disenso en cuanto al uso de este concepto.

16. Bruno Latour, *Face à Gaïa. Huit conférences sur le nouveau régime climatique*, París, La Découverte, 2015.

como experiencias de pensamiento acerca del viraje de la aventura antropológica occidental hacia su declive, esto es, como intentos, no necesariamente deliberados, de invención de una mitología adecuada para el presente. El “fin del mundo” es uno de esos famosos problemas que según Immanuel Kant la razón no puede resolver, pero tampoco dejar de plantearse. Y se los plantea necesariamente bajo la forma de la fabulación mítica o, como se acostumbra decir hoy en día, de “narrativas” que nos orientan y motivan. El régimen semiótico del mito, indiferente a la verdad o falsedad empírica de sus contenidos, se instaura siempre que la relación entre los humanos como tales y sus condiciones más generales de existencia se impone como un problema para la razón. Y si toda mitología puede ser descrita como una esquematización de condiciones trascendentales en términos empíricos –como una retroproyección validante de ciertas razones suficientes imaginadas (“narrativizadas”) como causas eficientes–, entonces el corriente impasse se torna tanto más trágico, o irónico, conforme somos capaces de ver el problema de la Razón recibiendo el aval del Entendimiento. Pues estamos aquí frente a un problema esencialmente metafísico, el fin del mundo, formulado en los términos rigurosos de esas ciencias en extremo empíricas que son la climatología, la geofísica, la oceanografía, la bioquímica, la ecología. Tal vez, como observara Claude Lévi-Strauss en repetidas oportunidades, la ciencia, que comenzó a separarse del mito cerca de tres mil años atrás, terminará incluso por reencontrarlo, al cabo de una de esas dobles torsiones que entrelazan la razón analítica con la razón dialéctica, la combinatoria anagramática del significante con las vicisitudes históricas del significado.¹⁷

17. Sobre la “doble torsión” como fórmula *princeps* de la transformación estructuralista, ver Pierre Maranda (comp.), *The Double Twist. From Ethnography*

Unas palabras más sobre la noción de “mito”. Un estímulo importante, aunque contingente, para el presente ensayo fue una obra filosófica, el ya célebre *Después de la finitud*, de Quentin Meillassoux (2006). Junto con escritos de otros pensadores contemporáneos asociados al así llamado “realismo especulativo”, nos pareció que el proyecto de Meillassoux reanudaba, *nolens volens*, los lazos entre la especulación metafísica y las matrices mitológicas del pensamiento (que el criticismo kantiano llamaría “dogmáticas”). Tuvimos la impresión, al cabo de la lectura de *Después de la finitud* –y, más tarde, de *Nihil desencadenado*, de Ray Brassier (2007), otra obra influyente del movimiento–, de que ese estilo de reflexión se insertaba no solo en la serie que va, digamos, de Platón a Alain Badiou, sino también en un vasto universo discursivo que abarca desde el tesoro de ideas que se acumula hace milenios en la especulación cosmológica de los pueblos indígenas del mundo hasta *Melancolía*, el film de Lars von Trier (2011), y *La carretera*, la novela de Cormac McCarthy (2006), pasando por la extensa tradición mítico-literaria occidental sobre el tema del *pays gaste*, la tierra devastada,¹⁸ sin olvidar la vitalidad persistente, si no incluso creciente, de ese género “menor” que es la ficción científica. La conocida frase de Jorge Luis Borges, que clasificaba a la metafísica como una rama de la

to *Morphodynamics*, Toronto, University of Toronto Press, 2001; Mauro William Barbosa de Almeida, “A fórmula canônica do mito”, en Ruben Caixeta de Queiroz y Renarde Freire Nobre (comps.), *Lévi-Strauss. Leituras brasileiras*, Belo Horizonte, UFGM, 2008; Eduardo Viveiros de Castro, *Metafísicas caníbales*, Buenos Aires, Katz, 2011.

18. Ver Jessie Weston, *From Ritual to Romance*, 1920. Eduardo Sterzi ha realizado importantes exploraciones sobre el tema (cursos, artículos), desde sus orígenes europeos hasta la literatura brasileña contemporánea; ver, por ejemplo, “O reino e o deserto. A inquietante medievalidade do moderno”, *Letterature d'America (Brasiliana)*, n° 125, 2009.

literatura fantástica,¹⁹ no solo terminaría exigiendo la reciprocidad –la literatura fantástica y la ficción científica son las metafísicas pop, las “mitofísicas” de nuestra época–, sino que anticipaba la interdigitación a la que asistimos entre ciertos experimentos de la vertiente más creativa de la filosofía contemporánea y autores como H.P. Lovecraft, Philip K. Dick, Ursula K. Le Guin, William Gibson, David Brin o China Miéville.

Nuestro objetivo, entonces, es hacer un balance preliminar de algunas de las principales variantes del tema del “fin del mundo”, tal como hoy se presenta en el imaginario de la cultura mundializada. Comencemos evocando brevemente los términos objetivos –por así decirlo– del problema.

19. “Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica”; Jorge Luis Borges, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 23.